

Poetas griegos en la obra de José Ortega y Gasset*

Luis Miguel Pino Campos

ORCID: 0000-0001-6528-8082

Resumen

En la obra multidisciplinar de Ortega hay numerosas referencias a autores griegos y latinos, entre los que se encuentran poetas, dramaturgos, oradores, historiadores, geógrafos, médicos y, lógicamente, filósofos. En este artículo ofrecemos un breve panorama de la parcela poética, donde encontramos a cultivadores de la épica, lírica, tragedia y comedia, entre otros subgéneros literarios.

Palabras clave

Ortega y Gasset, Filología Clásica, poetas griegos, filosofía

Abstract

The extensive work carried out by José Ortega y Gasset shows numerous references to Greek and Latin authors, including poets, dramatists, orators, historians, geographers, doctors, and, logically, philosophers. A brief poetic outlook has been done in this paper, founding experts in epic, lyric, tragedy and comedy, among others.

Keywords

Ortega y Gasset, Classic Philology, Greek poets, philosophy

Las referencias de Ortega a algunos poetas clásicos griegos son tantas que es posible establecer una tipología de acuerdo con la intención del autor en cada ocasión. Desde Homero a Hesíodo, pasando por los tragediógrafos Esquilo, Sófocles y Eurípides, por los comediógrafos Aristófanes y Menandro, por los líricos Alceo, Safo, Arquíloco, Píndaro, Teognis de Mégara, Simónides de Ceos, Solón o Corina, e incluso por los filósofos-poetas Jenófanes de Colofón y Parménides de Elea, Ortega los mencionó con precisión en alusiones directas o indirectas, a fin de fundamentar mejor los argumentos que desarrollaba en sus escritos, fueran éstos comentarios, discrepancias, curiosidades o reflexiones filosóficas. La frecuencia de algunos poetas es tal que merecen un estudio específico, cuales son los casos de Homero, Hesíodo y Píndaro. El tipo de referencia más habitual es el que pretende ilustrar una reflexión a partir de algunos precedentes en la literatura

* Texto basado en la comunicación pronunciada, el 16 de noviembre de 2011, en el Congreso Internacional *Ortega y Gasset. Nuevas lecturas. Nuevas perspectivas. A propósito de la nueva edición de sus Obras completas*. El Congreso contó con financiación del Ministerio de Economía y Competitividad vía la Acción complementaria FFI2011-13002-E.

Cómo citar este artículo:

Pino Campos, L. M. (2014). Poetas griegos en la obra de José Ortega y Gasset. *Revista de Estudios Orteguianos*, (28), 131-157.
<https://doi.org/10.63487/reo.388>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 28. 2014
mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

universal o en la historia, cual es el caso de la *Ilíada* de Homero o del diálogo *Laques* de Platón.

Un segundo tipo de referencia aparece cuando ha de introducir un tema complejo o controvertido, por lo que acude a preparar al lector acudiendo a precedentes literarios, preferentemente míticos. Es lo que aplica al hablar de la delicada cuestión marroquí, sobre la que algunos políticos habían decidido resolverla por la vía de las armas, o bien, en otros momentos, resaltaba cómo las cualidades de un territorio protegido eran desconocidas por sus vecinos a pesar de su proximidad. En uno de estos casos alude a la *Odisea* de Homero —y a los diálogos *Timeo* y *Critias* de Platón, que por estar redactados en prosa no serán objeto de detenido análisis en esta ocasión.

Un tercer tipo de referencias es aquél en el que Ortega analiza algunas características del género literario al que una obra determinada pertenece, y sobre la que da una personal visión sobre sus contenidos, personajes, rasgos lingüísticos, etc., que se aleja de los habituales comentarios críticos que se leían en los estudios literarios y en la prensa especializada; es el caso de los tres grandes géneros literarios griegos en verso (épica, lírica y drama) en *Meditaciones del Quijote*¹ y sólo del drama en *Idea del teatro. (Una abreviatura)*, en particular en el “Anejo I”².

Un cuarto tipo reúne aquellos comentarios que sirven para el fundamento de su propio pensamiento filosófico, entre los que cabe citar, además de Homero, a Hesíodo, Arquíloco, Alceo, Teognis de Mégara, Mimnermo, y Píndaro, entre otros.

Un quinto tipo reúne las referencias a filósofos griegos que escribieron en verso, como Parménides³ y Jenófanes.

Y podríamos seguir enumerando otros tipos, según el contenido de esos comentarios. Por tanto, es factible presentar una tipología de esas numerosas referencias, de las que aquí presentamos una primera parte. Esas referencias, lejos de ser simples citas eruditas, respondían en cada ocasión a un premeditado deseo de asentar su pensamiento y su expresión en la cultura clásica de aquellos autores que compartían un nuevo modo de entender la vida y dieron lugar a un hombre nuevo, el llamado hombre de occidente, del que Ortega se consideraba integrante. De camino abordaba los “clásicos problemas” de este hombre y se alistaba en la relación de autores que aspiraban a ofrecer una interpretación satisfactoria para los problemas y cuestiones que la propia vida

¹ Citamos por *Obras completas*, 10 volúmenes. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010, I, 799-825.

² IX, 825-872. Véanse PINO CAMPOS, 2006, 2007 y 2009.

³ En lo relativo a Píndaro y Parménides, véase PINO CAMPOS, 2011a.

humana planteaba. De ahí la trascendencia de su obra y de ahí la trascendencia de aquellos autores clásicos.

La abundancia de esas citas guarda estrecha relación con su amplia formación estudiantil, pero no es su único acervo, sino que en ocasiones las fuentes grecolatinas de sus citas vienen facilitadas por las lecturas de estudios especializados que le informan sobre una determinada cuestión de la que se está ocupando.

2. La extensión de este estudio, necesariamente breve, permitirá exponer unos ejemplos con algunas citas de poetas; los restantes aparecerán en estudios posteriores. Así pues, analizaremos algunas referencias de Homero y de Hesíodo, a los que Ortega aludió en dos centenares de ocasiones en el conjunto de su obra, y de los líricos Arquíloco, Alceo, Teognis de Mégara, Mimnermo y Píndaro.

3. Del primer tipo de referencia, aquél que ilustra su comentario con una o varias referencias a la literatura universal, aparece un ejemplo en el artículo periodístico dedicado a las virtudes⁴, en el que Ortega comentaba la inexactitud de unas frases pronunciadas días antes por su amigo Rafael Salillas⁵ en un discurso. La circunstancia de tal comentario se situaba en la España de 1909-1910, en la que se había dejado de hablar de “energía”, cuando dos años antes el mismo Ortega había publicado un artículo titulado “Disciplina, jefe, energía”⁶, en el que propugnaba que se eligiera a un gobernante activo, con energía, que pusiera por obra un proyecto útil, sabio y promisorio. Sin embargo, en julio de 1910 ya no interesaba la energía o actividad, pues no era un principio de gobernación, sino que en su lugar se hablaba de “valor” y de “gallardía”. Y es esta idea de la gallardía, aplicada incorrectamente, la que provoca en Ortega su comentario crítico y su reflexión sobre el “valor”. En efecto, Salillas había afirmado en su discurso, inspirado en palabras de Gumersindo de Azcárate, que Antonio Maura había dimitido de la Presidencia de Gobierno (25 de enero de 1907-21 de octubre de 1909) con una “actitud de gallardía” por no transigir con la postergación de uno de sus ministros, el de Gobernación, Juan de la Cierva y Peñafiel. Ortega criticaba a Salillas que aplicara a un civil, ya fuera Maura o su ministro, una virtud militar, que de haberse dado, habría sido un gesto de valor personal que habría correspondido en el mejor de los casos al ministro de la

⁴ En José ORTEGA Y GASSET, “La administración de las virtudes”, publicado inicialmente en *El Imparcial*, 11 de julio de 1910, I, 358-360.

⁵ Rafael Salillas y Panzano, nacido en Angüés (Huesca), en 1854, fallecido en Madrid en 1923, fue médico, criminólogo y político. Autor de numerosas obras, pronunció un discurso el 5 de julio de 1910 que llamó la atención de Ortega por la imprecisión de algunas frases, de las que da cuenta en este artículo.

⁶ I, 203-207; publicado por primera vez en *El Imparcial*, 12 de agosto de 1908.

Guerra. Y esa crítica se extiende también a unas palabras atribuidas por Salillas al citado Juan de la Cierva. En efecto, Juan de la Cierva y Peñafiel, amenazado por sus rivales, no admitía desde su puesto ministerial “retroceder en sus decisiones”, porque sería una fórmula de cobardía⁷. Ortega, por su parte, sostiene en su artículo que existe una grave confusión de valores y de virtudes, pues cada ministerio, si tuviera que tener alguna virtud, debería ser la propia de su competencia: así el de la Guerra administraría el valor y la entereza, el de Bellas Artes, el del buen gusto, el de la Gobernación, el de la legalidad administrativa, etc., pero “el retroceder ante las amenazas” jamás ha sido ni será “fórmula de cobardía”, pues en tal situación de “amenazas tan reiteradas y extensas” no es concebible solicitar norma alguna de valor, de cobardía ni de honor. Y concluye que en un gobierno moderno lo que se espera es que la autoridad derive sus actos del cumplimiento “estricto, científico y exacto de las leyes establecidas y de las necesidades obvias”. Es en este inciso de su comentario donde acude al ejemplo griego de la poesía homérica, aunque no lo hace directamente, sino a través de una alusión que aparece en un pasaje del diálogo platónico *Laques* (190d7 - 191b7), en el que Sócrates y Laques discuten junto a Nicias el significado de virtud, sea en su sentido general (en griego: *areté*), sea en el sentido específico de valor o valentía (en griego: *andreía*). En este diálogo platónico se alude al siempre didáctico poema de la *Ilíada* de Homero, donde se habla de los dos caballos de Eneas que sabían avanzar o retroceder según la circunstancia y conveniencia, donde el hecho de que un guerrero retrocediera no siempre significaba falta de valor, sino una medida estratégica, o una decisión divina en el caso del relato mítico. Veamos cómo Ortega expresa su referencia al aedo griego, cómo lo dice literalmente aquel diálogo platónico, cuyo texto traducido ampliamos para enmarcarlo con precisión, y cuáles son los pasajes de la *Ilíada* donde se recogen las dos ideas homéricas, la referida a los caballos y la referida al propio Eneas. Dice Ortega⁸:

Sócrates habla con dos grandes hombres de Estado, Lages y Nikias. Sócrates les dice: intentemos contestar a esta pregunta: ¿qué es el valor?

Laques.— Por Júpiter, Sócrates, la pregunta no es difícil, porque si un hombre permanece tenaz en su puesto amenazando a los enemigos y no huye, será, en verdad, valiente.

⁷ Las palabras de Juan de la Cierva y Peñafiel, reproducidas por Ortega, son: “que precisamente por esas amenazas tan reiteradas y tan extensas yo considero que es puesto de honor éste, y que no admito, porque sería fórmula de cobardía, el retroceder ante las amenazas” (*ibid.*, p. 358).

⁸ *Ibid.*, pp. 359-360. Ortega utiliza una transcripción españolizada de los nombres griegos (Lages, Nikias) que respetamos, aunque hoy se ha adoptado una transcripción más internacional (Laques, Nicias).

Sócrates.— Perfectamente; mas ¿y el que combate huyendo al [del] enemigo, sin permanecer en su puesto, como se dice de los escitas, que no peleaban menos huyendo que persiguiendo? Homero alaba a los caballos de Eneas, que iban acá y allá, y sabían tanto de perseguir como de huir: y así, él mismo loa a Eneas por su ciencia del retroceder, y dice que fue “sabio en huida”. La paciencia unida al razonamiento, es el verdadero valor. El valor es una ciencia, la ciencia de lo que se debe temer y lo que no, en la guerra y en todas las demás cuestiones.

Esto hablaban Sócrates, del barrio de *Alopeke*, *Lages* el general y *Nikias*, “aquel hombre a quien la ciudad juzgó digno de ocupar la presidencia del gobierno”.

Así leemos en el diálogo platónico: *Lages o del valor*: Resulta que hay una ciencia del retroceder, y esta ciencia es el otro valor, el que no es sólo valentía.

De este fragmento orteguiano hay que decir que los párrafos segundo y tercero no son una traducción del texto griego, sino una versión, en la que el filósofo madrileño sintetiza veinticinco líneas del diálogo platónico (190e3-191b7); los otros tres párrafos (primero, cuarto y quinto) son un añadido de Ortega para enmarcar el pasaje.

Por otro lado, el texto de Platón requiere una atención especial a la hora de traducirlo, pues el término griego *areté* es polisémico; en este pasaje cabe entenderlo por “virtud” en general, mientras que el término *andreía*, “valentía” (“valor”, “hombría”, “virilidad”), debe ser entendido como una de las partes en las que cabe dividir la virtud. El hecho de que en la conversación intervengan Sócrates y dos militares, Laques y Nicias, condiciona el sentido de *areté* hacia una acepción específica: la virtud del guerrero. El término *andreía* es el que utiliza Sócrates en su pregunta y Laques lo usa en su forma de adjetivo: *andreîos*: “valiente”. El pasaje completo en traducción de García Gual dice así⁹:

[Texto 1] Platón, *Laques*, 190e3-191b7:

[Sócrates] ¿Cuál de las partes de la virtud vamos a elegir? ¿Está claro que aquélla hacia la que parece tender la enseñanza de las armas? Sin duda que a la mayoría les parecerá *la valentía*. ¿O no?

[Laques] Ésa es, desde luego, mi opinión.

[Sócr.] Y eso es lo que intentaremos en primer término, Laques: decir qué es el valor [*la valentía*]. A continuación examinaremos también de qué manera puede presentarse en los jóvenes, en la medida en que sea posible obtenerlo a partir de entrenamientos y enseñanzas. Con que intenta responder a lo que digo: ¿qué es el valor [*la valentía*]?

⁹ Véase GARCÍA GUAL, 1981, pp. 468-469.

[Laqu.] ¡Por Zeus! Sócrates, no es difícil responder. Si uno está dispuesto a rechazar, firme en su formación, a los enemigos y a no huir, sabes bien que ese tal es *valiente*.

[Sócr.] Dices bien, Laques. Pero quizás soy yo culpable, al no haberme expresado con claridad, de que tú no respondieras a lo que tenía intención de preguntarte, sino a otra cosa.

[Laqu.] ¿Cómo es eso que dices, Sócrates?

[Sócr.] Voy a explicártelo, si soy capaz. Sin duda es *valiente*, como tú dices, el que, resistiendo firme en su formación, combate contra los enemigos.

[Laqu.] Yo, desde luego, lo afirmo.

[Sócr.] Y yo. ¿Pero qué dices de quien, huyendo y no resistiendo firme, combate contra los enemigos?

[Laqu.] ¿Cómo huyendo?

[Sócr.] Al modo como dicen que combaten los escitas, no menos huyendo que persiguiendo, y según Homero en algún lugar dijo, elogiando los caballos de Eneas: *que éstos sabían “perseguir y huir velozmente por aquí y por allá”*. También elogió Homero al mismo Eneas por eso, por su *ciencia de la fuga*, y dijo de él que era un *“maestro de la fuga”*.

[Laqu.] Y con razón, Sócrates, pues hablaba con respecto a los carros. También tú hablabas sobre los jinetes escitas. La caballería de éstos combate de ese modo, pero la infantería de los griegos lo hace como yo digo.

Los pasajes homéricos aludidos por Sócrates corresponden a la *Ilíada*; dos son prácticamente idénticos; aunque se podrían enumerar otros muchos, valgan los siguientes para las referencias que se hacen a los dos caballos de Eneas, expertos en atacar y en huir; pero de la “maestría en fuga” del propio héroe Eneas, hijo de Anquises, sobre el que siglos después Virgilio compondría su poema épico *Enéida*, en Homero no se dice nada, sino que se aplica sólo a los caballos que tiraban de un carro; en este poema, cuando Eneas está en peligro de muerte, no es un supuesto magisterio en huida quien lo salva, sino la intervención divina de Afrodita, Zeus o Poseidón, según el momento; la alusión platónica a ese magisterio en huida de Eneas pudo ser un error de Sócrates-Platón o bien, pudo haberla leído en algún otro poema¹⁰; Laques precisamente lo rectifica; los textos son los siguientes:

[Texto 2] Homero, *Il.*, V, 221-223 [= VIII, 105-107]¹¹:

Mas, ea, monta en mi carro y verás *qué expertos*
son los caballos de Tros en recorrer la llanura

¹⁰ Véase GARCÍA GUAL, 1981, p. 469, n. 13.

¹¹ Véase HOMERO, 1978: *Homeri Opera*, I.

raudos de acá para allá, tanto para *perseguir como para huir*.
(Trad. de CRESPO, 1991, pp. 191-192 y 249)

[Texto 3] Homero, *Il.*, V, 268-273 (habla el griego Diomedes):

Anquises, soberano de hombres, robó la sangre de esta estirpe
cuando logró que a ocultas de Laomedonte montaran a sus yeguas.
De ellas le nacieron seis potros en su palacio:
cuatro los conservó para sí y los mimó en el pesebre,
y a Eneas le dio los otros dos, *instigadores de la huida*.
Si prendiéramos a los dos, nos alzaríamos con noble gloria.
(*Ibid.*, p. 193)

Otros pasajes aluden a la retirada como medida estratégica de quienes la practican o como acción cobarde de los enemigos; valgan a modo de ejemplo los siguientes textos:

[Texto 4] Homero, *Il.*, XVII, 319-322 [= VI. 73-76]:

Entonces los troyanos a manos de los aqueos, caros a Ares,
habrían penetrado en Ilion *doblegados por sus cobardías*,
y los argivos habrían conquistado gloria contra el sino de Zeus
y sólo gracias a su fuerza y a su brío.
(*Ibid.*, p. 215)

[Texto 5] Homero, *Il.*, XVII, 333-341:

Así habló, y Eneas reconoció al flechador Apolo,
al verlo de frente y con un gran grito dijo a Héctor:
“¡Héctor y demás jefes de los troyanos y de los aliados!
Es una vergüenza que bajo el acoso de los aqueos, caros a Ares,
ahora penetremos en Ilion, *doblegados por nuestras cobardías*.
Pero un dios se ha presentado ante mí y me ha asegurado
que Zeus, supremo instigador de la lucha, es aún nuestro patrono.
Por eso, vayamos derechos contra los dánaos y que tranquilos
no logren acercar el cadáver de Patroclo a sus naves...”
(*Ibid.*, p. 452)

[Texto 6] Homero, *Il.*, XVII, 533-535:

Intimidados ante ellos, *volvieron a retroceder*
Héctor, Eneas y el deiforme Cromio,

y dejaron allí a Areto, yaciendo con el corazón desgarrado.
(*Ibid.*, p. 458)

[Texto 7] Homero, *Il.*, XX, 87-93 (habla Eneas a Licaón, hijo de Príamo):

¡Priámida! ¿Por qué me invitas contra mi voluntad
a luchar frente al soberbio Pelida?
No será ésta la primera vez que ante el velocípedo Aquiles
me opondré; ya en otra ocasión con su lanza me puso en fuga
fuera del Ida, cuando atacó nuestras vacas
y saqueó Lirneso y Pédaso. Pero Zeus me protegió
gracias a que me infundió ardor y raudas rodillas.
(*Ibid.*, p. 504)

[Texto 8] Homero, *Il.*, XX, 300-308 (habla el dios Poseidón a los otros dioses):

Venga, vamos a sustraerlo nosotros mismos de la muerte,
no sea que también el Crónida se irrite si Aquiles
lo mata. El destino suyo es eludir la muerte,
para evitar que perezca estéril y sin traza el linaje
de Dárdano, el hijo que el Crónida más amó de todos
los que han nacido de él y de mujeres mortales.
Pues el Cronión ya ha aborrecido de la estirpe de Príamo,
y ahora la pujanza de Eneas será soberana de los troyanos,
igual que los hijos de sus hijos que en el futuro nazcan.
(*Ibid.*, p. 511)

[Texto 9] Homero, *Il.*, XX, 347-350 (habla Aquiles):

Era verdad que también quieren a Eneas los dioses inmortales;
y yo estaba seguro de que [él] se jactaba en vano y sin razón.
¡Que se vaya en hora mala! No tendrá valor para otra tentativa
contra mí quien ahora está contento por escapar de la muerte.
(*Ibid.*, p. 512)

4. Un segundo tipo de referencia aparece cuando ha de introducir un tema complejo como es el asunto de Marruecos, en concreto, del Rif, para lo que inicia su exposición recordando las tierras fantásticas en las que Homero situaba a los feacios¹². Aunque Ortega no entra en detalles de las cualidades que po-

¹² HOMERO, *Odisea*; ORTEGA Y GASSET, "Libros de andar y ver", escritos de mayo-junio de 1911, I, 410.

señan las tierras rifeñas, su comentario se produce a raíz de la lectura de un artículo titulado “El fin de los descubrimientos”, cuyo autor, un geógrafo cuyo nombre no facilita, consideraba que en poco tiempo la tierra entera sería conocida por el hombre sin que quedaran en el mapa claros o rincones pendientes de descubrir y explorar. De ser cierta esa afirmación, Ortega comentaba la evidente contradicción que implicaba la curiosidad humana, pues, mientras se hacían expediciones a lejanos territorios para conocer nuevas tierras, los españoles teníamos al lado el territorio marroquí del Rif, del que ignorábamos sus caracteres geográficos y las costumbres de sus habitantes; precisamente Otto C. Artbauer describía en un libro reciente los hábitos del pueblo rifeño y las propiedades de aquel territorio. Por eso concluía con cierta ironía que “en breve nos conoceremos todos los inquilinos de este viejo habitáculo, *que, triste y todo, es el mejor que existe*”¹³. Y éste es el momento en el que realidad y deseo parecerían incompatibles para un hombre normal; mas no es así; Ortega limitará el alcance de esas conclusiones tan tajantes acudiendo al mito clásico y a la utopía; al mito para permitir al hombre sentir la posibilidad de una vida más suave; a la utopía, para infundir en el alma humana un reactivo que sacara al hombre de la actividad remisa. De ahí que recuerde aquel episodio de la *Odisea* homérica, en el que Alcínoo, rey de los feacios y padre de Nausícaa, acogía hospitalariamente al náufrago Ulises y le brindaba la ayuda de su pacífico pueblo, para que finalmente pudiera regresar a su patria, Ítaca. La semejanza estaba en el hecho de que la tierra de los feacios era desconocida por Ulises a pesar de que no distaba mucho de su propio reino. Veamos, pues, cómo lo explica Ortega y, a continuación, leamos algunos pasajes de la *Odisea* donde Homero cantaba las virtudes de aquella mítica tierra y de sus habitantes. Dice así Ortega¹⁴:

La mitología geográfica ha muerto: ni la isla de los *Feacios*, ni Jauja, ni Eldorado, pueden ser ya buscados sobre el planeta, y queda para siempre resuelto que ningún hombre lleva puesta la camisa del hombre feliz. No creo que la pérdida de estas porciones imaginarias del mapa importe mucho; los espíritus verdaderamente activos no se han dejado nunca seducir por esas imágenes de la felicidad lograda, y siempre vieron claro que la dicha no está en el placer, sino en la marcha hacia el placer; o, como Cervantes decía, que es mejor el camino que la posada. Esas utopías son justamente invenciones de los cerebros más activos y más temerariamente irónicos, quienes las construían para azuzar la sensibilidad embotada y contentadiza de sus contemporáneos. Sensación, no se olvide, supone siempre desnivel: es sensación de un desnivel

¹³ En “Libros de andar y ver”, I, 410.

¹⁴ I, 410-411.

entre el estado presente nuestro y otro estado que anticipamos. Los que habitaban junto a la caída de aguas que los antiguos llamaban Catadupa no percibían el estruendo en medio del cual vivían. *Homero con sus Feacios*, Platón con su Atlántida, el árabe anónimo con su isla de Huac-Huac, el indio con su Uttara Kuru, no pretendieron otra cosa que presentar a los hombres una sociedad donde la vida se movía más suavemente, a fin de que sintieran con más rigor las dolencias de la vida que vivían. Así, las utopías clásicas, lejos de ser cobardes escapadas románticas en que se goza extáticamente de lo irreal, fueron y han sido reactivos a la actividad remisa, fermento para corazones en que la sangre se estanca; no viciosa delectación, sino severa disciplina. / No importa, pues, mucho, que esos mitos disciplinarios hayan sido desahuciados del mapa. [...] Lo importante es que en aquel artículo tropecé con estas frases: “Nos encontramos con que regiones situadas en extrema proximidad a la cultura originaria y junto a las grandes vías del comercio universal, permanecen, no obstante, desconocidas a la fecha. Me refiero al Rif, sobre el que hasta ahora sólo geógrafos árabes y el marqués de Segonzac nos han dicho algo”. Rectifique el lector un error de detalle, agregando el nombre de Augusto Mouliéras¹⁵.

Pues bien, esa mítica isla de los Feacios, a la que Ortega alude, es a la que llegó como náufrago el mítico Ulises, según cantaba Homero; éste la describía como un lugar donde sus habitantes vivían dedicados a pacíficos trabajos rurales, marinos y comerciales, confiados en el buen gobierno de su rey Alcínoo, cuyo palacio estaba perfectamente construido y lujosamente decorado; de los más de setenta pasajes que Homero dedicó a cantar la tierra de los feacios, vamos a fijarnos en cuatro de ellos; en el primero cuenta Homero cómo los feacios emigraron desde Hiperea hasta Esqueria por los daños que sus anteriores vecinos, los Cíclopes, les causaban; era entonces su rey Nausítoo, quien los condujo a la nueva tierra y dirigió todas las tareas de levantar una gran ciudad fortificada y con dos puertos marítimos; el náufrago Ulises yace dormido en una playa cercana a la ciudad; dice así el poema:

[Texto 10] Homero, *Odisea*, VI, 1-12¹⁶:

Allá Ulises divino, el de heroica paciencia, dormía
de cansancio rendido y de sueño y Atenea entretanto

¹⁵ Auguste Mouliéras (1855-1931), profesor de Lengua y Literatura Árabes en la Universidad de Orán, publicó entre otros libros *Le Maroc inconnu; étude géographique et sociologique*, Orán, 1895, anunciada en cinco volúmenes; parece que se publicaron sólo los dos primeros; el segundo en 1899 con el título de *Le Maroc inconnu. Deuxième partie. Exploration des Djebala. (Maroc septentrional)*, 822 p. Los otros tres se ocuparían de *La province de Fas*, *Les Braber*, y *La Dbabra*.

¹⁶ Véase HOMERO, 1974: *Homeri Opera*, III.

dirigióse a la tierra y ciudad de las gentes feacias.
 Habitaban primero estos hombres la vasta Hiperea,
 inmediata al país de los fieros cíclopes, que, siendo
 superiores en fuerza, causábanles grandes estragos.
 Emigrantes de allí, los condujo el divino Nausítoo
 a las tierras de Esqueria, alejadas del mundo afanoso;
 él murallas trazó a la ciudad, construyó las viviendas,
 a los dioses alzó santuarios, partió las labranzas;
 pero ya de la parca vencido moraba en el Hades
 y regíalos Alcínoo, varón de inspirados consejos.
 (Trad. de PABÓN, 1982, p. 185)

En el siguiente pasaje, tras el encuentro de Nausícaa con Ulises, ella decide tratar a éste conforme a las normas hospitalarias, le indica seguir a las esclavas y mulas y le describe cómo es el camino hasta el palacio; para tranquilizarlo le anuncia que su gente es marinera y no se dedica al cultivo de las armas; dice así:

[Texto 11] Homero, *Odisea*, VI, 255-272 (habla Nausícaa, hija de Alcínoo):

Pónte, huésped, en pie, vamos ya a la ciudad, que te lleve
 al palacio de Alcínoo, mi padre, que allí bien seguro
 congregada verás a la flor de las gentes feacias.
 Esto empero has de hacer, pues de veras pareces discreto:
 mientras vamos cruzando la llana y haciendas campestres
 sigue tú con las siervas detrás de las mulas y el carro
 sin dejar tu buen paso; yo iré dirigiendo el camino,
 mas no así al avistar la ciudad. Circundada verásla
 de una excelsa muralla; flanquéanla dos puertos hermosos,
 mas la entrada es angosta y en ella el camino bordean
 los panzudos bajeles varados en sendos refugios.
 Poseidón tiene allá un bello templo y en torno se extiende
 la gran plaza con suelo de lajas hundidas en tierra.
 De sus negros navíos trabajan allí el aparejo,
 a los remos les dan pulidez y hacen velas y amarras,
 porque en este país no preocupan la aljaba ni el arco,
 mas los mástiles, remos y naves de buen equilibrio
 con que ufanos trasponen sus hombres el mar espumante.
 (*Ibid.*, p. 193)

El tercer pasaje ofrece una descripción física de las estancias del palacio, de su rica decoración, de sus patios y huertas, árboles, fuentes, etc.; también insiste en la habilidad de sus hombres en el arte de la navegación, mientras las

mujeres destacan por sus labores agrícolas y textiles, así como por su discreción; un paisaje y ambiente ideales. Dice así:

[Texto 12] Homero, *Odisea*, VII, 81-132:

Solo Ulises,
avanzó hacia la noble morada de Alcínoo; quedóse
frente al porche bronceíno de pie revolviendo mil cosas.
Como un brillo de sol o de luna veíase en la casa
de elevadas techumbres, mansión del magnánimo Alcínoo;
del umbral hasta el fondo extendíanse dos muros de bronce
con un friso de esmalte azulado por todo el recinto.
Defendían el fuerte palacio dos puertas de oro
que cercaban dintel y quiciales de plata, montados
sobre el piso de bronce; la argolla, también de oro puro.
Unos perros en plata y en oro había a las dos partes
que en sus sabios ingenios Hefesto labró, destinados
a guardar por delante el hogar del magnánimo Alcínoo,
sin vez para todos los tiempos, por siempre inmortales.
En el muro, apoyados de un lado y de otro y en fila
de la entrada hasta el fondo veíanse sillones cubiertos
de unos peplos de fina labor, femeniles trabajos:
se sentaban allí de costumbre los jefes del pueblo
a beber y comer, pues jamás les faltaba; figuras
de donceles en oro, de pie sobre hermosas peanas,
sostenían en las manos antorchas ardientes que daban
al banquete su luz en la noche. Cincuenta mujeres
trabajaban de esclavas en la casa de Alcínoo: molían
en soleras las unas los trigos dorados, las otras
atendían al telar o sentadas hacían que la rueca
diese vueltas igual que las hojas del álamo esbelto;
y al tejer destilaban los hilos el líquido aceite.
Cuanto suelen ganar a los otros los hombres feacios
en regir por el mar una nave, otro tanto aventajan
en mover el telar sus mujeres; Atenea otorgóles
el saber de labores preciosas y entrañas discretas.
Por de fuera del patio se extiende un gran huerto, cercadas
en redor por un fuerte vallado sus cuatro fanegas;
unos árboles crecen allá corpulentos, frondosos:
hay perales, granados, manzanos de espléndidas pomas;
hay higueras que dan higos dulces, cuajados y olivos.
En sus ramas jamás falta el fruto ni llega a extinguirse,
que es perenne en verano e invierno; y al sople continuo

del poniente germinan los unos, maduran los otros:
 a la poma sucede la poma, la pera a la pera,
 el racimo se deja un racimo y el higo otro higo.
 Tiene Alcínoo allí mismo plantada una ubérrima viña
 y a su lado se ve un secadero en abierta explanada
 donde da recio sol; de las uvas vendimian las unas
 mientras pisan las otras; no lejos se ven las agraces
 que la flor han perdido hace poco o que pintan apenas.
 Por los bordes del huerto ordenados arriates producían
 mil especies de plantas en vivo verdor todo el año.
 Hay por dentro dos fuentes: esparce sus chorros la una
 a través del jardín y la otra por bajo del patio
 lleva el agua a la excelsa mansión donde el pueblo la toma.
 Tales son los gloriosos presentes que el cielo da a Alcínoo.
 (*Ibid.*, pp. 198-200)

Entre las maravillas de la tierra feacia se encontraba el hecho de que sus naves no necesitaban timonel, porque tenían “ciencia y sentidos humanos” y podían navegar perfectamente de día, de noche y con niebla; existía un vaticinio de que el dios Poseidón destruiría algún día una de sus naves; el rey Alcínoo hablaba así a Ulises:

[Texto 13] Homero, *Odisea*, VIII, 557-571:

Los feacios no tienen pilotos ni saben de aquellos
 gobernalles que suelen llevar los demás; sus bajeles
 tienen ciencia y sentidos de hombres, por ellos distinguen
 las ciudades de todos los pueblos, sus pingües campiñas,
 y atraviesan a toda carrera la sima del agua
 encubiertas en niebla y en sombra: no hay miedo con ellas
 de morir en naufragio o sufrir daño alguno. Mas esto
 y en tal modo oí contar en un tiempo a Nausítoos, mi padre:
 él solía decirnos que el gran Poseidón, indignado
 con nosotros por ser para todos indemnes guiadores
 por el mar, nos destruiría un recio bajel algún día
 ya a la vuelta de un tal salvamento, en las aguas brumosas,
 y, además, cerraría la ciudad con enorme montaña.
 Esto hablaba el anciano. ¿Se habrá de cumplir? ¿Incumplido
 quedará por ventura? Al arbitrio del dios sigue todo.
 (*Ibid.*, pp. 224-225)

Ortega, como hemos observado, no elige al azar las referencias literarias con las que ejemplificar sus comentarios; en este artículo ha mencionado dos veces a los feacios y a Homero, una, a Platón y su Atlántida, así como otros territorios literarios donde los autores han querido situar paisajes ideales para la vida humana¹⁷. Y ello motivado por el hecho de que el hombre suele vivir en muchas ocasiones ignorando las excelencias de un territorio que tiene en sus cercanías o porque ansía alcanzar un paraíso o soñar con una situación mejor.

5. En “El ocaso de las revoluciones”, primer apéndice de *El tema de nuestro tiempo*¹⁸ (1923), Ortega se apoya entre otras lecturas en la *Historia de la Antigüedad* (*Geschichte des Altertums*) de Eduard Meyer (1855-1930), en cuyo segundo tomo –dice Ortega en nota a pie de página– se habla de la historia de Grecia. Le interesa destacar el cambio del hombre griego que se produjo a finales de la Edad Arcaica, cuando, desde el siglo VII a. C., los griegos empezaron a sentirse distintos frente a los nobles, surgiendo entre ellos la figura del individuo, recogida literariamente por Hecateo de Mileto, y que representó una verdadera revolución, porque significaba la aparición del hombre de occidente. Sigue Ortega las ideas de inspiración naturalista de Meyer, quien distinguía tres etapas históricas (antigua, media y moderna) comparables con las de la infancia, madurez y senectud del hombre. En el arcaísmo griego, con la superación de los gobiernos aristocráticos y la progresiva implantación de algunas democracias, la sociedad griega finalizaba su Edad Media. Ortega dirá que con Hecateo asistimos “documentalmente a la primera incorporación del alma individualista y racional que se revuelve contra el alma de la tradición”¹⁹. Destacará igualmente cómo en la cima de esta etapa, comienzos del Clasicismo, será Clístenes, hijo de Alcmeón, el que instaure un novedoso régimen democrático, en el que dentro del *demos* se incluyan todas las clases sociales surgidas en los dos siglos anteriores, y todo ello tras la aparición de la moneda; y de este nuevo hombre que se ha emancipado social, cultural y políticamente de los nobles, de los que hasta entonces dependía, surge la revolución política que llevará a Atenas a su máximo esplendor. La moneda traería el capitalismo y éste produciría el imperialismo, con lo que ello suponía de grandes cambios en los usos: de la guerra caballerescas se pasó a las grandes flotas y de las luchas singulares a las de cuerpos tácticos de infantería. Pues bien, en ese arcaísmo

¹⁷ Heliodoro de Éfesa, novelista griego del siglo IV d. C., menciona la ciudad de Catadupos (Catadupa en Ortega), situada en la frontera entre Egipto y Etiopía, en cuyas proximidades se encuentran varias cataratas del Nilo y era célebre por las propiedades maravillosas o mágicas de las piedras que allí se encontraban. Véase HELIODORO, *Etiópicas* o *Teágenes y Cariclea*, trad. de Emilio CRESPO GÜEMES. Madrid: B. C. Gredos, 1979, n.º 25, p. 155.

¹⁸ *El tema de nuestro tiempo*, III, 557-652.

¹⁹ *Ibid.*, p. 634.

griego, siglos VIII-VI a. C., es en el que Ortega fundamenta su interpretación sobre las revoluciones con varias referencias a los poetas Arquíloco, Alceo, Teognis y Píndaro, quienes en sus versos reflejaban precisamente esa nueva situación del hombre, del hombre-dinero (*chrémata anér*). Pero la cita de estos poetas requiere varias precisiones para no inducir a errores. El pasaje orteguiano dice así²⁰:

El dominio de los nobles no es ya la expresión adecuada a las circunstancias reinantes; los intereses de los gobernantes y de los gobernados no coinciden. El antiguo régimen de vida, del derecho, de las comunidades fundadas en consanguinidad, pierde su sentido y se convierte en una traba. El hombre no permanece ya necesariamente adscrito al círculo en que ha nacido. Cada cual se informa su propio destino; el individuo se emancipa social, espiritual y políticamente. El que no conquista la ventura en su patria va a buscarla entre los extraños. Negocios de dinero (la economía crematística aparece en esta época) y de réditos son tenidos por inmorales y todo el mundo percibe sus funestos efectos; pero nadie puede sustraerse a ellos, y el noble más conservador se guarda mucho de desdeñar su granjería. *Chrémata, chrémata aner* —“el dinero, el dinero es el hombre”; tal es el lema del tiempo—; y es muy significativo que lo hallemos puesto en boca de un espartano (Alceo, fragmento 49), o de un argivo (Píndaro, *Ístmicas*, 2). Entre la nobleza y los labradores se presentan las nuevas clases de los industriales y mercaderes, con su apéndice de artesanos, buhoneros, marinos, y entre ellos hace su aparición el aventurero que, como Arquíloco de Thasos, ensaya dondequiera su fortuna y siente doblemente el peso de la miseria y el sometimiento.

En efecto, recogida por Alceo (PAGE, fragm. 169), el poeta griego atribuye la paternidad de la frase “dinero es el hombre” a Aristodamo, cuando éste estaba en Esparta; su texto y traducción es la siguiente:

[Texto 14] Alceo, fragm. 169²¹:

[...] pues así dicen que Aristodamo pronunció una vez en Esparta
una frase no sin sentido: *dinero es el hombre*
y ningún pobre es ni noble ni honrado.
(Trad. de RODRÍGUEZ ADRADOS, 1980, p. 332)

²⁰ *Ibid.*, p. 633. Ortega traduce bien la expresión griega por “dinero es el hombre”; la traducción alemana dice: *das Vermögen macht den Mann*: “el dinero hace al hombre”.

²¹ Véase *Lyrica Graeca Selecta*, 1968.

Como se puede comprobar, la expresión orteguiana repite dos veces el término *chrémata*, que Alceo escribe una sola, si bien Píndaro lo escribirá dos veces, enfatizando con ello la expresión. Por otro lado, la frase no es del poeta Alceo, sino que éste la atribuye a otro, a Aristodamo (o Aristodemo, diferencia dialectal), limitándose sólo a recordarla, lo que demostraría que la idea era ya conocida por el auditorio del poeta. En la época arcaica, antes de que se impusiera la férrea disciplina que la hizo famosa, la sociedad espartana vivió una larga etapa de paz y florecimiento, en cuya ciudad eran acogidos hospitalariamente numerosos extranjeros que acudían como mercaderes, artistas, poetas, músicos, etc. Ello explicaría la presencia en Esparta de autores líricos como Alceo.

Ahora bien, sería un error interpretar la expresión de Ortega como que Alceo era un espartano, que no lo era, porque había nacido en la isla de Lesbos, como Safo y Anacreonte. Es cierto, sin embargo, que encarna el papel del que lamenta los cambios sociales que se están produciendo. Alceo pertenecía a una familia aristocrática que luchaba por el poder y por conservar los antiguos valores de la nobleza, las costumbres aristocráticas, la antigua fe religiosa en dioses poderosos. Por tres veces fue desterrado refugiándose en la vecina Lidia; participó en numerosas batallas, al final de las cuales sintió un cierto desengaño, porque nunca obtuvo la victoria deseada, fue traicionado por sus propios compañeros, comprendió que la vida había cambiado definitivamente y que el dinero era decisivo en todo. Presenció en su juventud la caída de Melancro, en torno al año 610 a. C., al que consideraba digno de respeto en comparación con los dos tiranos que le sucedieron, Mírsilo y Pítaco, contra los que tuvo que luchar. En lo poético recibió influencias de Homero y de Hesíodo, e inventó la composición lírica “a saltos”, que Píndaro seguiría un siglo después; cantó al vino, a las armas que eran su sustento, a la guerra, al amor; unas veces se burlaba de sus enemigos, otras acudía a máximas y al mito; en uno de sus poemas cantó a la “sagrada” Safo, de sonrisa de miel²². Por tanto, la cita de Alceo es oportuna en el contexto, pues se inserta en el proceso de caída de las oligarquías aristocráticas ante el asalto violento de sucesivos tiranos y en la aparición y expansión de un nuevo sistema de economía sustentado en la moneda; pero el origen del poeta es lesbio, no espartano, como podría deducirse de una lectura poco atenta, al no haber recogido Ortega el pasaje completo de Alceo; en éste quedaba claro que el autor de aquella expresión era Aristodamo y que la pronunció cuando se encontraba en Esparta.

Caso similar ocurre con Píndaro en esta cita de Ortega, al que un lector no informado podría considerar “argivo”, es decir nacido en Argos, ciudad del

²² *Lýrica*, 1968, p. 94, n. 182.

Peloponeso, dado que tampoco aparecen los versos de esa cita. En efecto, Píndaro no es argivo sino beocio, nacido en el año 518 a. C. en la localidad de Cinoscéfalos, próxima a la capital Tebas, donde permaneció en varios momentos de su vida. Es cierto que tras su formación artística en Atenas y tras haber recorrido muchas ciudades invitado por mecenas y tiranos, Píndaro murió en el año 438 a. C. en Argos, ciudad rival de Tebas en la historia y en el mito de los Labdácidas (Layo, Edipo, Antígona). Ortega cita la oda titulada *Ístmica 2*, como ejemplo de ese cambio social que experimenta la Grecia Arcaica. En efecto, esta larga oda contiene en sus primeros versos una referencia a las nuevas circunstancias sociales del pueblo griego, cuando afirma que antiguamente los poetas entonaban sus cantos sin esperar cobro de dinero alguno, dando como razón que las Musas no recibían “aún” monedas, porque no eran ambiciosas ni mercenarias; pero ahora, en aquel momento del siglo V a. C., los poetas “venden” sus dulces cantos al lado de la Musa Terpsícora, protectora del canto y de la danza, cuyo aspecto es curiosamente “argénteo”. Como se ve, Píndaro reconoce claramente que en su época los poetas componen por dinero, porque es su medio de vida, lo cual chocaba aún en su arcaizante Tebas, dada su escasa evolución social. Ortega reproduce la frase griega tal como la escribe Píndaro, en la cual el término griego correspondiente al concepto de “dinero”, *chrémata*, está escrito dos veces. Aunque la expresión orteguiana podría ser interpretada en el sentido de que el argivo es el propio Píndaro, el poeta dice en sus versos realmente que es la Musa la que “nos exige ahora acatar el dicho del argivo”, lo que manifiesta que el poeta no se refiere a sí mismo, a Píndaro, sino seguramente al Aristodamo o Aristodemo, del que hablaba Alceo varias décadas antes y que hemos leído en el pasaje anterior. De Aristodamo no se sabe nada más, salvo que estuvo en Esparta, según Alceo, que era argivo y que perdió a los amigos conforme fue perdiendo también sus riquezas, según Píndaro. La oda fue encargada por Trasíbulo, hijo de Jenócrates de Agrigento ya fallecido, quien había resultado vencedor en una competición de carros. Dice así el texto pindárico en su traducción castellana:

[Texto 15] Píndaro, *Isthmia*, II, 1-15²³:

Los hombres de antaño, Trasíbulo, aquéllos que subían al carro de las Musas de áurea diadema provistos de la gloriosa forminge, con rapidez lanzaban flechas de melifluos himnos en honor de los mozos: de aquél que dotado de belleza, poseía la más grata sazón, evocadora de Afrodita, la de hermoso trono. Y es que entonces la Musa no era aún ambiciosa o mercenaria, ni se vendían

²³ Véase PÍNDARO, 1968: *Pindari Carmina...*

los dulces cantos, de arrullador son, al lado de Terpsícora, la de voz meliflua, con argénteo aspecto. Mas ella ahora nos exige acatar el dicho del argivo, que mucho se acerca a la verdad: “*ἄνθρωπος, ἄνθρωπος ἐστὶν ὁ ἄνθρωπος*”, que pronunció cuando con las riquezas perdió también los amigos. En efecto, de sobra lo sabes tú.

(Trad. de SUÁREZ DE LA TORRE, 1988, p. 313)

Una tercera precisión conviene hacer al leer el pasaje de Ortega; en el inciso final hay una frase alusiva a “Arquíloco de Thasos”, que completa el sentido revolucionario que supuso en la sociedad griega la introducción de la moneda; el dinero, regidor de la nueva economía, cambiaría todo el sistema de vida. En primer lugar, hay que recordar que Arquíloco nace en la isla de Paros, no en la de Tasos; en la ocupación de Tasos había participado su padre Telesicles y a ella habían llevado el culto de Deméter sus abuelos Telis y Cleobea. La vida de Arquíloco transcurre a lo largo del siglo VII a. C., siendo su acmé anterior al año 660. La biografía de Arquíloco se ha enriquecido considerablemente desde mediados del siglo XX, cuando se ha editado el texto de unas inscripciones aparecidas en la isla de Paros, en las que se habla del poeta como un héroe local y con las que es posible modificar la imagen negativa que la tradición secular había transmitido del propio poeta desde que el ateniense Critias ofreciera una versión parcial de su vida y de su obra; versión de la que daba cuenta Eliano²⁴. En las inscripciones aparece resumida la historia de la isla, arconte tras arconte; en su comienzo se habla de la piedad del poeta Arquíloco con los dioses, de sus desvelos y beneficios que proporcionó a su patria; se le atribuyen algunas virtudes y una muerte de forma épica que habría favorecido los honores fúnebres que su isla le tributó. El relato se debe al historiador local Démeas y lo transmite Sóstenes²⁵. Por tanto, es razonable entender que en 1923 Ortega siguiera considerando a Arquíloco como originario de la isla de Tasos, tal y como lo consideraban algunos helenistas, pues así lo habían transmitido algunas fuentes antiguas²⁶, si bien otras fuentes lo consideraban natural de Paros²⁷. Ortega no cita texto concreto de Arquíloco sobre la fortuna, el peso de la miseria y el sometimiento, por lo que nos hemos permitido citar en castellano aquellos fragmentos que, a nuestro juicio, lo reflejan me-

²⁴ Véase Hermann DIELS y Walther KRANZ (eds.), *Die Fragmente der Vorsokratiker*. Dublín: 1972r, vol. II, p. 397 (Fr. 88 B 44) (6.^a ed. de 1952¹), y Claudio ELIANO, *Historias curiosas* (= *Varia Historia* 10, 13), trad. de Juan Manuel CORTÉS COPETE. Madrid: B. C. Gredos, 2006, n.º 348, pp. 215-216.

²⁵ Véase Emilio SUÁREZ DE LA TORRE, “Introducción” a ARQUÍLOCO, en *Yambógrafos griegos*. Madrid: B. C. Gredos, 2002, n.º 297, pp. 73 y ss.

²⁶ PLUTARCO, *De exilio*, 604.c.1.

²⁷ HERÓDOTO (*Historia*, I.12.7), MOSCO (*Epítafio de Bión*, 91), CLEMENTE ALEJANDRINO (*Stromata*, I.16.79.1.2 y 5.14.127.1.1), FLAVIO FILÓSTRATO el sofista (*Vita Apollonii*, 7.26.20).

jor. En dos de ellos se cita a un tal Pericles que, lógicamente, nada tiene que ver con el célebre estratega ateniense que vivió dos siglos después; dice así²⁸:

[Texto 16] Arquíloco, *Fragm.* 13.1-10 (*Delectus...*, p. 30):

Pericles, nuestras lamentables penas no las censurará ningún ciudadano mientras se deleita con banquetes, ni tampoco la ciudad. ¡Tales eran aquéllos a los que las olas del muy fragoroso mar hicieron sumergirse! Hinchados por los dolores tenemos los pulmones. Mas los dioses, querido amigo, cierto es que para los irremediables males dispusieron la tenaz fortaleza como lenitivo. Cada vez corresponde a uno soportarlos: ahora contra nosotros se volvieron y de sangrienta llaga nos dolemos, pero luego a su vez de otros será el turno. ¡Vamos, pronto, demostrad fortaleza! ¡Apartad de vosotros el duelo propio de mujeres!

(Trad. de SUÁREZ DE LA TORRE, 2002, p. 119)

[Texto 17] Arquíloco, *Fragm.* 16 (*Delectus...*, p. 31):

¡Pericles! Fortuna y Moira son las que conceden todo al hombre.
(*Ibid.*, p. 121)

[Texto 18] Arquíloco, *Fragm.* 17 (*Delectus...*, p. 31):

Artífices de todo para los mortales son el esfuerzo y la humana ocupación.
(*Id.*)

[Texto 19] Arquíloco, *Fragm.* 19 [= Plut. *de tranq. anim.* 10] (*Delectus...*, p. 31):

No me importa de Giges la fortuna, de aquél tan rico en oro;
jamás de mí se apoderó la envidia, ni me irritan
las obras de los dioses; y no ansío la poderosa tiranía.
Lejos en verdad está de mis ojos.
(*Ibid.*, p. 122)

[Texto 20] Arquíloco, *Fragm.* 20 (*Delectus...* p. 32):

Lloro el infortunio de los tasio, no el de los magnesios.
(*Id.*)

²⁸ La numeración de los fragmentos de Arquíloco coincide con la de la edición griega de M. L. WEST en *Delectus ex iambis et elegis graecis*. Oxford: Oxford University Press, 1980, pp. 30-33, 48 y 51.

[Texto 21] Arquíloco, *Fragm.* 23.13-16 (*Delectus...*, pp. 33-34):

Sin duda di la sensación de ser un hombre miserable y no como soy yo mismo y aquéllos de quienes descendo. Sé querer a quien me quiere, no lo dudes, y odiar y hacer daño al enemigo cual hormiga. En estas palabras se encuentra la verdad [...].

(*Ibid.*, pp. 124-125).

[Texto 22] Arquíloco, *Fragm.* 109.2 (*Delectus...*, p. 48):

¡Empobrecidos ciudadanos: intentad comprender mis palabras!

(*Ibid.*, p. 144).

[Texto 23] Arquíloco, *Fragm.* 122.1-9 (*Delectus...*, p. 51):

Ningún hecho hay inesperado ni asombroso ni que pueda jurarse que no sucederá, toda vez que Zeus, padre de los Olímpicos, transformó en noche el mediodía y ocultó la luz del sol cuando estaba en su esplendor y sobrevino a los mortales lúgubre temor. Desde entonces todo resulta creíble y esperable para los hombres. Que ya ninguno de vosotros se asombre, ni siquiera aunque veáis que las fieras intercambian con los delfines el dominio marino y que las resonantes olas del mar les resultan [a ellas] más gratas que la tierra firme y a ellos [les resulta más grato] el boscoso monte.

(*Ibid.*, p. 150).

El pasaje de Ortega que hemos reproducido nos hizo reflexionar sobre las razones que llevaron a Ortega a expresarse de un modo algo impreciso y a no especificar los fragmentos de Arquíloco con las ideas de penalidades y sometimientos. Por ello decidimos buscar las fuentes de esas citas. Y lo primero que descubrimos es que Ortega sintetiza la doctrina de Meyer, traduciendo casi *ad pedem litterae* el pasaje citado. En nuestra búsqueda de las referencias de Ortega localizamos en primer lugar un texto del historiador Eduard Meyer, traducido al castellano por Carlos Silva bajo el título “La evolución económica de la Antigüedad” (en *El historiador y la Historia antigua*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955, 1983r., pp. 63-128), en el que se traducía la conferencia pronunciada en Francfort el 20 de abril de 1895, publicada en los *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, vol. IX (LXIV), en uno de cuyos pasajes (p. 88) se recogía la citada frase griega de Alceo, transcrita y traducida: *chrémat’ anér*, “dinero es el hombre”. Pero dicho texto no contiene cita de ningún poeta, por lo que decidimos buscar el texto en la *Geschichte des Altertums* de Meyer, cuyo segundo volumen citaba Ortega; sólo hemos podido consultar la edición de 1965 (Darmstadt), en cuyo segundo volumen no se hace alusión a la Grecia del

primer milenio a. C., pero sí en el tercero, en cuyo capítulo VI, encontramos el apartado titulado “Soziale und politische Umwandlungen. Industrie und Geldwirtschaft. Der Demos und das Bürgertum” (“Transformaciones sociales y políticas. Industria y economía. El *demos* y las clases sociales”), en el que leemos en alemán (p. 510) el texto que Ortega ofreciera traducido en su comentario (lo repetimos a continuación para testimoniar la fidelidad de la traducción orteguiana; la edición alemana ofrece las tres primeras palabras en caracteres griegos, que hemos transcrito en caracteres latinos cursivos):

“*Chrémata, chrémata aner*”, “das Vermögen macht den Mann”, ist das Schlagwort der Zeit –es ist sehr bezeichnend, daß es einem *Spartaner* (Alkaios fr. 101 Diehl) oder *Argiver* (Pindar *Isthm.* 2, 15) in den Mund gelegt wird. Zwischen den Adel und die Bauernschaft treten die neuen Stände der Gewerbetreibenden und der Kaufleute mit ihrem Anhang von Handwerkern, Krämern, Schiffern, und zwischen ihnen steht der Abenteurer, der wie *Archilochos von Thasos* überall vergeblich sein Glück versucht und nun die Last der Armut und der Abhängigkeit doppelt empfindet.

Chrémata, chrémata aner –“el dinero, el dinero [hace al] es el hombre”; tal es el lema del tiempo–; y es muy significativo que lo hallemos puesto en boca de un espartano (Alceo, *fragm.* 101 Diehl [= 49 Bergk]), o de un argivo (Píndaro, *Istmicas*, 2 [15]). Entre la nobleza y los labradores se presentan las nuevas clases de los industriales y mercaderes, con su apéndice de artesanos, buhoneros, marinos, y entre ellos hace su aparición el aventurero que, como Arquíloco de Thasos, ensaya dondequiera su fortuna y siente doblemente el peso de la miseria y el sometimiento.

Es decir, el texto alemán dice lo que Ortega escribe casi literalmente en castellano en el pasaje citado. Por tanto, las imprecisiones interpretativas no son atribuibles al filósofo madrileño, sino, en todo caso, al historiador alemán; pero el contexto alemán previo y posterior disipa en su redacción las dudas. A Ortega, en todo caso, se le podría objetar que no hubiera tenido la curiosidad, en esta ocasión, de comprobar las fuentes citadas por Meyer.

6. Valga otro pasaje en el que Ortega menciona junto a Arquíloco a otros poetas y a Platón. Se trata del incluido en el ensayo titulado “Ética de los Griegos”²⁹, donde Ortega recuerda los versos 425-428 de Teognis de Mégara, extraídos de un párrafo del estudio de Ernst Howald³⁰ con otras citas; en ellas se

²⁹ Ensayo escrito a finales de 1926 y que formaría parte del libro *Espíritu de la letra*, publicado en 1927, IV, 138. Véase PINO CAMPOS, 2011b.

³⁰ Ernst HOWALD (1887-1967), *Ethik des Altertums [Ética de la Antigüedad]*. Múnich / Berlín: Oldenburg, 1926; hay separata desde 1931; usamos una reedición de 1971 (Dublín).

habla, en contraste con la alegría habitual del hombre griego, de un ambiente pesimista en la misma época y en la misma Grecia:

Sin duda, el sol de Grecia, la alegría de vivir del hombre helénico, el firmamento sin arrugas de los paisajes clásicos... Bien; pero escuche el lector esta suavidad de Teognis, el hombre representativo del siglo VI en su segunda mitad: "Lo mejor de todo fuera no haber nacido y no ver los rayos del luminoso sol; pero ya que se ha nacido, lo mejor es pasar lo antes posible la puerta de Hades y yacer allí después de haber hecho descargar sobre sí un buen montón de tierra". Lo mismo decían Hesíodo, Arquíloco, Mimnermo. Lo mismo hará Sófocles cantar al coro de Edipo en Colonos. Lo mismo gemirá Platón cien veces... Sin duda, el sol de Grecia, la alegría de vivir del hombre helénico, el firmamento sin arrugas del paisaje clásico...

El texto de Teognis de Mégara dice así:

[Texto 24] Teogn., *Eleg.*, I, 424-428:

De todas las cosas la mejor para los humanos es el no haber nacido
ni haber llegado a contemplar los rayos del ardiente sol;
pero una vez nacido, [lo mejor es] atravesar cuanto antes las puertas
de Hades y yacer bajo un elevado montón de tierra.
(Ed. y trad. de RODRÍGUEZ ADRADOS, 1959, II, p. 197)

Por los anteriores pasajes orteguianos es fácil comprobar que el método del filósofo madrileño era reflejar también los ejemplos clarificadores que aprendía en sus lecturas y con los que transmitía esa enseñanza a sus alumnos y a sus miles de lectores. En esta ocasión Ortega menciona a otros poetas griegos como son Mimnermo, Arquíloco y Hesíodo, sin precisar los pasajes en los que hablaban del pesimismo de la época, pasajes que sí eran mencionados por Howald. Llama la atención, sin embargo, que Ortega hubiera añadido en esta ocasión el nombre de Sófocles, con una referencia al coro de *Edipo en Colono*, que no aparece citado en este capítulo de Howald. Este añadido de Ortega indica que no se limitaba a ofrecer en sus escritos un simple resumen de lo que él había leído, sino que enriquecía su comentario con aportaciones propias.

Veamos los textos de los tres poetas citados por Ortega, según las referencias que recoge Howald (p. 7), a fin de completar el panorama de pesimismo que ofrecían de aquella época. Recordemos, no obstante, que el profesor alemán citaba a otros autores y textos: el omnipresente Homero (*Odisea*, XI, 489-491), Teognis (167), Safo, Anacreonte, Calino, Tirteo, Focílides, Semónides, Solón (3.15), Esquilo y Jenófanes; nombres a los que hay que añadir los de los

autores en prosa Heródoto y Platón. Esta abundancia de ejemplos puede explicar que Ortega finalizara su cita con puntos suspensivos. Los textos de esos tres autores son:

[Texto 25] Mimnermo, 2.5-2.16³¹:

A nuestro lado están las negras Keres, la una portadora de la vejez dolorosa, la otra, de la muerte. Breve tiempo dura el fruto de la juventud, tan breve como aquél en que el sol extiende su luz sobre la tierra; y tan pronto como es transpuesto este término de la juventud, es preferible la muerte a la vida. Muchos dolores nacen entonces en el corazón: unas veces la casa está en la miseria y vienen las penosas consecuencias de la pobreza; otro no tiene hijos y se marcha bajo tierra junto a Hades deseándolos más que cualquier otra cosa; otro está preso de una enfermedad asesina; y no existe hombre alguno al que Zeus no envíe muchos infortunios.

[Texto 26] Hesíodo, *Trabajos*, 59- 82³²:

[Zeus] ordenó al muy ilustre Hefesto mezclar cuanto antes tierra con agua, infundirle voz y vida humana y hacer una linda y encantadora figura de doncella semejante en rostro a las diosas inmortales. Luego encargó a Atenea que le enseñara sus labores, a tejer la tela de finos encajes. A la dorada Afrodita le mandó rodear su cabeza de gracia, irresistible sensualidad y halagos cautivadores; y a Hermes, el mensajero Argifonte, le encargó dotarle de una mente cínica y un carácter voluble. Dio estas órdenes y aquéllos obedecieron al soberano Zeus Crónida. [Inmediatamente modeló de tierra el ilustre Patizambo una imagen con apariencia de casta doncella por voluntad del Crónida. La diosa Atenea de ojos glaucos le dio ceñidor y la engalanó. Las divinas Gracias y la augusta Persuasión colocaron en su cuello dorados collares y las Horas de hermosos cabellos la coronaron con flores de primavera. Palas Atenea ajustó a su cuerpo todo tipo de aderezos]; y el mensajero Argifonte configuró en su pecho mentiras, palabras seductoras y un carácter voluble por voluntad de Zeus gravisonante. Le infundió habla el heraldo de los dioses y puso a esta mujer el nombre de Pandora porque todos los que poseen las mansiones olímpicas le concedieron un regalo, perdición para los hombres que se alimentan de pan.

(Trad. de PÉREZ JIMÉNEZ, 1978, pp. 125-126)

³¹ *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, edición y traducción de Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS. Barcelona: Alma Mater, 1956, vol. I, p. 219.

³² *Hesiodi. Theogonia. Opera et Dies...* Oxford: Oxford University Press, 1970, 1981r, pp. 51-52.

[Texto 27] Arquíloco, *fragm.* 211³³:

Corazón, corazón atormentado por inmensos dolores, cobra valor y defiéndete ofreciendo el pecho al enemigo y deteniéndote con valor junto a las emboscadas de los hombres hostiles; si vences, no te jactes de ello públicamente y si eres vencido no gimas refugiándote en tu casa. Alégrate con las cosas alegres y no te irrites demasiado con los fracasos: date cuenta de las alternativas a que está sujeto el hombre.

7. Los pasajes presentados, sólo una pequeña muestra del abundante material reunido, dan una idea inicial del interés que estas citas de poetas griegos tenían y tienen en la obra de Ortega y Gasset, pues el filósofo madrileño los menciona, por ejemplo, a la hora de comprender y explicar un acontecimiento histórico, como fue la postergación de un ministro, a cuyo comentario llegaba a partir del uso indebido del concepto de gallardía pronunciado por un conferenciante; será el mito de Ulises y sus inteligentes caballos el que justifique la idea de que una retirada a tiempo no ha de ser interpretada necesariamente como una derrota, sino como una estrategia para lograr el objetivo propuesto; Platón y Homero son los autores griegos que ayudan a Ortega a ambientar literariamente su extenso comentario.

También acude Ortega a poetas griegos, cuando a raíz de los últimos descubrimientos de tierras desconocidas, llega a la conclusión de que pronto no quedará espacio en la tierra por descubrir. Pero enseguida le surge la paradoja de que el hombre se esfuerza en descubrir territorios lejanos, cuando en sus cercanías tiene territorios que desconoce totalmente. Lo dice respecto al Rif y recuerda cómo en la literatura se nos han transmitido historias, mitos y leyendas de tierras maravillosas que no estaban situadas necesariamente lejos del lugar donde los hombres vivían. Será también Homero una de las referencias aducidas, cuando en la *Odisea* hable del país de los feacios, de su pacífica vida y de sus excelentes cualidades, un país que curiosamente no distaba mucho de la isla donde Ulises residía, pero cuya existencia éste ignoraba. Por tanto, el poeta griego sirve a Ortega para mostrar un claro ejemplo extraído del mito literario para ejemplificar mejor el comentario que alude a un acontecimiento contemporáneo.

En varios pasajes de la obra orteguiana se habla de las edades, épocas, generaciones y revoluciones. A raíz de la publicación de la obra historiográfica de Meyer, Ortega quiso adoptar la idea de un paralelismo entre la historia de un pueblo y las edades de un hombre. Es Grecia la referencia que Ortega tomará para posteriores comentarios relativos a esos cambios. Por eso se centra

³³ RODRÍGUEZ ADRADOS (1956) (= 67 Diehl), en *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, ob. cit., vol. I, p. 96.

en unos pasajes de Alceo y Píndaro citados por Meyer y alude de pasada también a Arquíloco, porque expresan claramente cómo la introducción de la moneda supuso un cambio radical en la sociedad helénica. Un hecho histórico que para Ortega es un ejemplo de cómo una pequeña modificación en la convivencia social puede implicar no ya un simple cambio de costumbre, sino incluso una revolución que afecta al modo de pensamiento, a la religiosidad y a la convivencia de un pueblo. En este caso las menciones de los poetas griegos responden al deseo orteguiano de ofrecer testimonios de cómo algunos personajes históricos vivieron aquellos cambios. Sus referencias siguen en líneas generales la propia exposición de Meyer. La idea era que el dinero lo dominaba todo en aquella etapa del pueblo griego y que desde entonces ya nada sería igual.

Otras referencias de Ortega a poetas griegos han sido recogidas a partir de sus comentarios al libro de Howald sobre la ética de los griegos. Pretendía Ortega llamar la atención sobre este importante estudio, que supondría, a nuestro modesto entender, el inicio de su alejamiento del filohelenismo y su aproximación al filoromanismo que observa en la década de los años 30. Y es que se tenía la idea de que Grecia era todo esplendor, belleza, pensamiento clásico, moderación y optimismo; cuando la realidad es que en Grecia había de todo; también pesimismo, por no hablar aún en este estudio de los trágicos griegos. En efecto, hemos visto cómo el comentario del libro de Howald lleva a Ortega a destacar la importancia de algunos pasajes poéticos griegos de Teognis, Hesíodo, Mimnermo, Arquíloco, que cambiaban su visión de aquella sociedad, hasta el punto de comprender, porque así lo dicen esos textos, que ya en la antigüedad, en los momentos de pesimismo, se consideraba que lo mejor para el hombre era morir cuanto antes o, si hubiera sido posible, no haber nacido. Una idea que rompía la imagen de aquella Grecia idealizada con la que Ortega había vivido durante su juventud y que ahora en la madurez de sus cuarenta años se reubicaba hacia una posición más realista.

Son, pues, éstos unos cuantos ejemplos de referencias orteguianas a poetas griegos que muestran una forma de ilustrar, ambientar, comentar o explicar sus reflexiones, sus comentarios, sus clases o sus críticas, mas también una forma de re-orientar su propio pensamiento. Como decíamos al principio, las referencias registradas suman varios centenares y ello requiere ante todo un análisis más exhaustivo que el que aquí hemos podido ofrecer, una caracterización tipológica y una clasificación que permita comprender todo ese material de una forma sistematizada. Nuestro objetivo no era ofrecer ahora esa sistematización, sino anunciar con esta primera entrega todo lo que aún queda por hacer en este terreno. ●

Fecha de recepción: 17/04/2015
Fecha de aceptación: 28/10/2015

■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARQUÍLOCO (1980): en *Delectus ex iambis et elegis graecis*, ed. de M. L. WEST. Oxford: Oxford University Press.
- CLEMENTE ALEJANDRINO (1996-2005): *Stromata*, I-VIII, 4 vols., trad. de M. MERINO RODRÍGUEZ. Madrid: Ciudad Nueva.
- DIELS, H. y KRANZ, W. (eds.) (1972r): *Die Fragmente der Vorsokratiker*, vol. II. Berlín: Weidmann.
- ELIANO, C. (2006): *Historias curiosas [= Varia Historia 10, 13]*, 348, trad. de J. M. CORTÉS COPETE. Madrid: Gredos.
- FILÓSTRATO, Flavio (1979): *Vida de Apolonio de Tiana*, 18, trad. de A. BERNABÉ PAJARES. Madrid: Gredos.
- GARCÍA TEJEIRO, M. y MOLINOS TEJADA, M.^a T. (trads.) (1986): *Bucólicos griegos*, 95. Madrid: Gredos.
- HELIODORO DE ÉMESA (1979): *Etiópicas o Teágenes y Cariclea*, 25, trad. de E. CRESPO GÜEMES. Madrid: Gredos.
- HERÓDOTO (1977): *Historia. Libros*, I-II, 3, trad. de C. SCHRADER. Madrid: Gredos.
- HESÍODO (1978): *Obras y fragmentos*, 13, trad. de A. PÉREZ JIMÉNEZ. Madrid: Gredos.
- (1981r [1970¹⁻⁷]): *Hesiodi. Theogonia. Opera et Dies...* Oxford: Oxford University Press.
- HOMERO (1974 [1917²⁻⁷]): *Homeri Opera*, III, ed. de T. W. ALLEN. Oxford: Oxford University Press.
- (1978 [1919¹⁻⁷]): *Homeri Opera*, I, ed. de D. B. MUNRO y T. W. ALLEN. Oxford: Oxford University Press.
- (1982): *Odisea*, 48, trad. de J. M. PABÓN. Madrid: Gredos.
- (1991): *Ilíada*, 150, trad. de E. CRESPO GÜEMES. Madrid: Gredos.
- HOWALD, E. (1971r [1926]): *Ethik des Altertums*. Múnich: R. Oldenburg.
- MEYER, E. (1965⁴⁻³): *Geschichte des Altertums*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- MOSCO: véase GARCÍA TEJEIRO, M. y MOLINOS TEJADA, M.^a T. (trads.): *Bucólicos griegos*.
- MOULIÉRAS, A. (1895, 1899): *Le Maroc inconnu*, I. Orán: Imprimerie Fouqué & Cie; *Le Maroc inconnu*, II. París: Librairie Coloniale et Africaine Joseph André.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004-2010): *Obras completas*. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset.
- PAGE, D. L. (ed.) (1968 [1979r]): *Lyrica Graeca Selecta*. Oxford: Oxford University Press.
- PÍNDARO (1968r [1935¹⁻⁷]): *Pindari Carmina cum fragmentis*, ed. de C. M. BOWRA. Oxford: Oxford University Press.
- (1988): *Obra completa*, 114, trad. de E. SUÁREZ DE LA TORRE. Madrid: Cátedra.
- PINO CAMPOS, L. M. (2001a): "Raíces griegas y latinas en José Ortega y Gasset: Apuntes sobre su formación, obra y pensamiento", *Revista de Estudios Orteguianos*, 2, pp. 145-157.
- (2001b): "Grecia y Roma en José Ortega y Gasset: Algunos apuntes sobre su formación y su obra", *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 19, pp. 273-288.
- (2006): "Las ediciones de *Idea del Teatro* de José Ortega y Gasset: Algunas notas críticas", *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 24, pp. 203-214.
- (2007): "Los orígenes del teatro y la filosofía de José Ortega y Gasset", en J. LASAGA, M. MÁRQUEZ, J. M. NAVARRO y J. SAN MARTÍN (eds.), *Ortega en pasado y en futuro. Medio siglo después*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Biblioteca Nueva, 2007, CD-Rom de Comunicaciones.
- (2009): "En torno a «Idea del Teatro» de José Ortega y Gasset: Aportaciones y nuevas consideraciones", *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 27, pp. 123-137.
- (2011a): "En los albores de la Filosofía. Entre el canto y la reflexión: los ejemplos de Píndaro y de Parménides", en J. SÁNCHEZ-GEY VENEGAS (ed.), *Filósofos poetas. Poetas filósofos*. Madrid: Fundación Fernando Rielo, pp. 17-80.
- (2011b): "Ortega y la ética de los griegos", en J. SÁNCHEZ-GEY VENEGAS (ed.), *Ética y Literatura contemporáneas en tiempos de encrucijada*. Madrid: Fundación Fernando Rielo, pp. 13-42.
- PLATÓN (1974r [1903¹⁻⁷]): *Platonis Opera*, III, ed. de I. BURNET. Oxford: Oxford University Press.

- (1981): *Diálogos*, I, 37, trad. de C. GARCÍA GUAL. Madrid: Gredos.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1959): *Líricos griegos elegíacos y yambógrafos arcaicos*, 2 vols., edición bilingüe en griego y castellano. Barcelona: Alma Mater.
- (trad.) (1980): *Lírica griega arcaica*, 31. Madrid: Gredos.
- SUÁREZ DE LA TORRE, E. (trad.) (2002): *Yambógrafos griegos*, 297. Madrid: Gredos.
- WEST, M. L. (ed.) (1980): *Delectus ex iambis et elegis graecis*. Oxford: Oxford University Press.